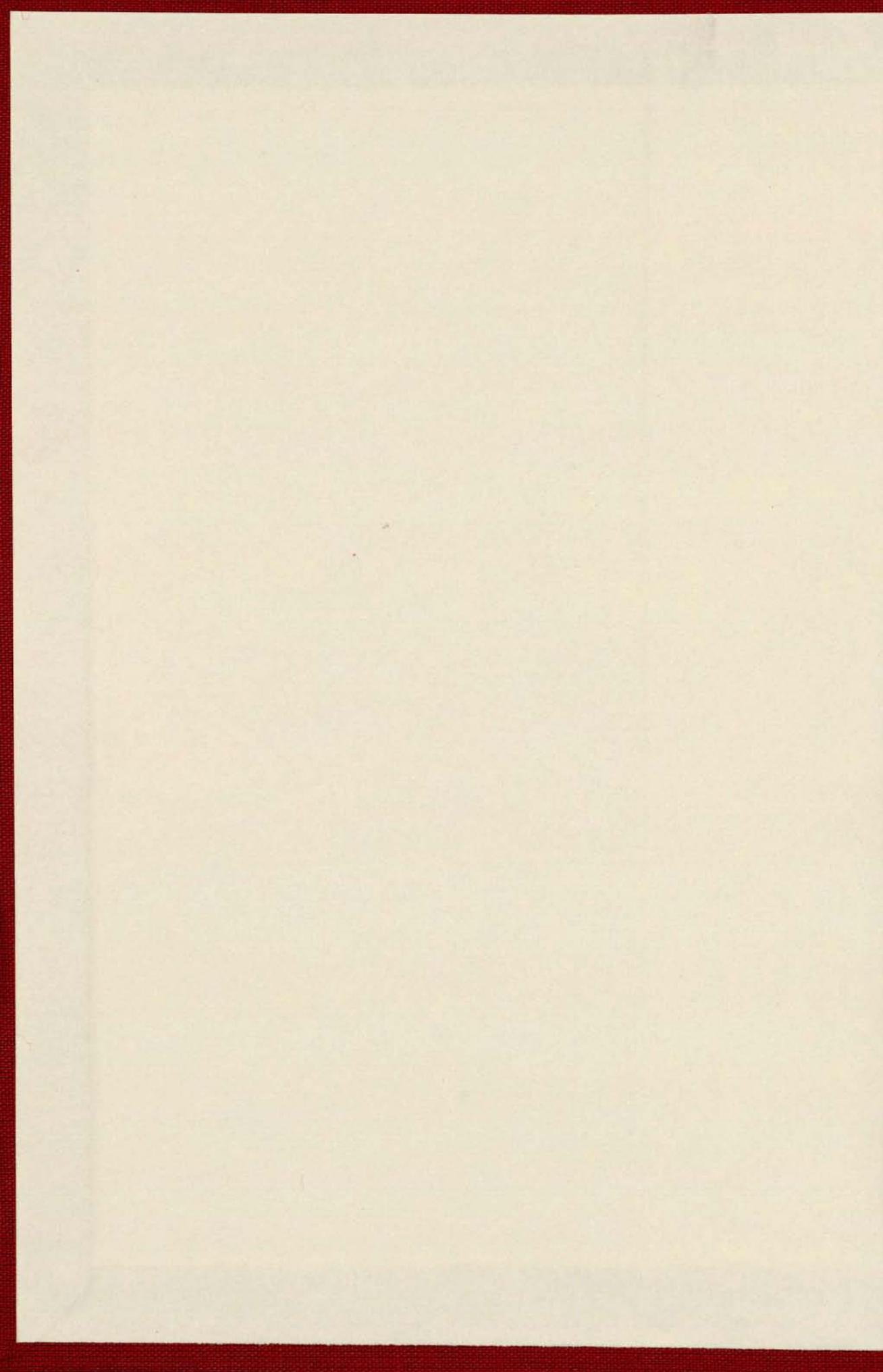


A-C.103/9



A- Cas. 103/9

R
64858

SERMON

DE

LAS SIETE PALABRAS

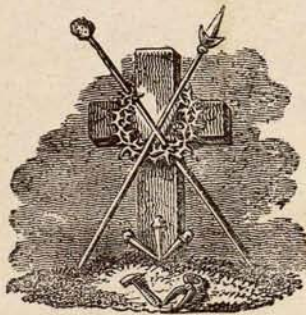
QUE DIJO

EN LA REAL CAPILLA EN PRESENCIA DE SS. MM.

EL VIERNES SANTO 21 DE ABRIL DE 1848

EL SEÑOR DON PEDRO ARENAS,

del Consejo de S. M., su Capellan de honor y Predicador.



MADRID.

POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1848.



A S. S. M. M.

Pedro Arenas.



M. M. 22 A

John Adams

Señora:

¿En dónde estamos? ¿Qué día es hoy? ¿Qué espectáculo es este tan imponente?... ¡Qué oscuridad y lobreguez! ¡Qué profundo silencio! ¡Qué tinieblas tan espantosas! ¡Qué funestas decoraciones!.... (*) A las palmas y ramos de oliva han sucedido velos de negro luto; al festivo *aleluya* ha reemplazado el himno de la agonía; el templo se ha convertido en un teatro de horror, y en el sitio del tabernáculo se levantan tres cruces alumbradas de triste y amortiguada luz..... Sin duda ha pasado por aquí la justicia de Dios. ¿Adónde fue tu gloria y alegría, Jerusalén? ¿Qué brisas de muerte han soplado sobre tu frente? ¿Por qué alzas hoy tu cabeza sin corona

(*) La Real Capilla presentaba un aspecto imponente; estaba enlutada y á obscuras. En el altar mayor aparecían tres cruces con la imagen de Jesus crucificado y las de los dos ladrones. Al pie de las cruces la Virgen María, la Magdalena y san Juan Evangelista. Solo tres linternas de opaca luz alumbraban tan lúgubre aparato.

en medio del desierto? ¿Dónde están tus vírgenes y sacerdotes? ¿Dónde los niños sin pecado, aquellos niños inocentes que entonaban el *Hosanna* al Dios de las alturas? ¿Dónde aquel pueblo inmenso que con palmas en la mano proclamaba Rey á Jesus Nazareno? ¿Por qué está sentada en las sombras de la muerte la ciudad tan alegre hace cinco dias? ¿Por qué se ha cubierto de luto?.... ¡Ay! La señora de las naciones ha quedado viuda; la reina de las provincias hecha tributaria; las calles de Sion lloran; sus puertas y sus muros están por tierra; los sacerdotes y ancianos gimen sin consuelo, y las doncellas, pálidas y consternadas, huyen despavoridas..... ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Tú pedias la sangre del Justo sobre ti y sobre tus hijos..... Tú fulminabas una sentencia de muerte, y la muerte ha caido sobre tu cabeza.....

¡Pueblo desventurado! ¡Pueblo bárbaro y feroz! ¡Pueblo deicida y sacrilego! ¿Qué has hecho, miserable? ¿No eran bastante los ultrajes del huerto de las Olivas? ¿No eran bastante las burlas y el escarnio? ¿Era preciso crucificar entre dos malhechores al bienhechor del mundo?..... ¡Sayones impíos! ¡Verdugos sin corazon! No huyais, cobardes, no. Deteneos; contemplad ese monte, teatro horrible donde va á consumarse el gran drama de la humanidad. Vosotros desempeñais el infeliz papel de desgraciados ejecutores. El célebre Galileo, el dulce

Salvador de los hombres, objeto de vuestro furor y rabia, va á sellar con su sangre el testamento glorioso que contiene la salvacion del mundo. Desde la cruz, donde vosotros le habeis clavado en medio de dos ladrones, para que asi se cumplan las profecías, os llama con ternura y con amor; os llama como hijos para daros parte en su última voluntad, en esa voluntad poderosa y divina que todo lo abraza, y que no escluye un solo miembro del linage humano. El pecado sacrílego que desgarrá vuestro corazón, os hace huir asustados, al paso que el escesivo amor que hace desfallecer á esa víctima, descendida de lo alto para ofrecerse en sacrificio por los pecados del mundo, arranca de sus labios moribundos palabras de perdon y de misericordia.

Ese monte de salvacion donde Jesus agoniza, ese monte destinado á ser un dia la ignominia y la gloria de la tierra, hoy separa los tiempos de la prevaricacion de los tiempos del rescate. Ese monte que elige la impía Sinagoga para humillar al Justo, hoy se eleva sobre todos los collados del universo, porque alli se consuma todo lo que estaba anunciando por los Profetas, y todo lo que estaba escrito en las Santas Escrituras. Alli es donde se ofrece el mas grande de los sacrificios, cuya eficacia llega á los cielos y penetra el trono de Dios. Alli se alza un altar sacrosanto y divino, donde el Rey de la nueva

alianza, crucificado á impulsos del amor, llama á su monarquía universal á todos los hombres; llama á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y miserables, á los fuertes y á los débiles, á los vencedores y á los vencidos. Su sangre fluye á borbotones como una lluvia de bendicion, como un bálsamo de consuelo, para curar nuestras heridas y lavar los pecados del mundo. Ese sagrado leño que buscan los judíos como señal de ignominia, se levanta en el Calvario cual bandera de paz, y cual pabellon glorioso que reunirá las naciones todas como herencia de Jesucristo. Cargado con todas las miserias de la humanidad pecadora, pendiente de la cruz en medio de dos famosos criminales, triunfa como Rey vencedor del mundo, triunfa del infierno, y hasta triunfa de la justicia divina. Los oráculos y sacrificios, los sacerdotes y las víctimas, los ritos y los preceptos, y todos los símbolos de la antigua ley, quedan cumplidos y consumados en este dia. Un sol eterno disipa las sombras, y una santa realidad hoy sucede en el Calvario á las figuras. El mundo todo va á renovarse..... La naturaleza entera se estremece..... El sol se detiene como asombrado en la mitad de su carrera..... El cielo se pone cárdeno y amenaza ocultar su luz..... Todo observa un profundo silencio, y Jesucristo habla. Su lenguaje celestial y divino en momentos tan solemnes se re-

duce á siete palabras, que pronuncia desde la cruz; palabras profundas, palabras sublimes, palabras creadoras, palabras sacramentales, que abrazan y que comprenden la historia de lo pasado, la historia de lo presente y la historia de lo futuro: palabras de amor y de consuelo para las generaciones y para los siglos; palabras que arroja Jesucristo al mundo como las páginas de su vida escritas con lágrimas y sangre, y que son como los siete sellos de su testamento, de ese testamento solemne que deja á los hombres al despedirse para la eternidad, y que contiene á un Dios, Rey, sacerdote y víctima ofrecida en sacrificio por los pecadores y hasta por los mismos verdugos.

Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. [LIT. C. 23-54]

«Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.» ¡Cuánto significa esta primera palabra, Señora! ¡Cuánta filosofía! ¡Cuánta ternura! ¡Cuánto amor!.... Pendiente de la cruz el varon de los dolores, con las carnes desgarradas, derramando copiosa sangre, considerado como el último de los hombres, como un miserable leproso herido por la mano de Dios, ultrajado por los viles mortales, feo y denegrido como le vió Isaías, sufriendo nuestros males, levanta al cielo su corazon abrasado de amor, y pide á su Padre que perdone á los verdugos que le crucifican. La desenfrenada multitud, agitada co-

mo un mar borrascoso, prorumpe en gritos de burla, de encono y de muerte. *Si Filius Dei es.....* «Si eres Hijo de Dios, le dicen, desciende de la cruz: á otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse.....» ¡Tanto ódio por tanto amor! ¡Tanta injusticia por tanta inocencia! ¡Tanta ingratitud por tantos beneficios!.... El Justo no se ofende, ni los maldice, ni los condena á eternos suplicios. Como Rey pacífico, como Sacerdote santo y como víctima de espionaje, se ofrece á sí mismo en el ara de la cruz, ruega y pide por sus encarnizados enemigos y por sus bárbaros perseguidores. Su corazón palpita tan fuertemente á impulsos de la ternura y del amor, que quiere salirse del pecho moribundo, y esforzando la voz le dice á su Eterno Padre: «¡Padre mio! ¡Padre de amor y de clemencia! perdona á mis enemigos, perdona á esos hombres ciegos. No saben lo que hacen; no me conocen; no saben que soy su Padre..... Sus almas fueron un soplo tuyo, fueron una parte de tu aliento, y quiero salvarlos. No vine yo al mundo á buscar justos; vine á buscar pecadores. Perdónales, Padre mio.»

Señora: Hay cosas que no se comprenden bien, que no se pueden pintar, y que no basta el corazón del hombre para sentirlas. Un Dios en las cercanías de la muerte, luchando terriblemente con la mas angustiada agonía, parece como que recobra

aliento y vida para pedir por sus verdugos, redoblando la súplica con mas interés y anhelo que por sí mismo. En el huerto fatal de las Olivas, á la vista del ángel acongojado que le presentaba el cáliz de su pasión, se entristeció su alma, y exclamó abatido y anonadado: «¡Padre mio! *si possibile est*.... Si es posible, haced que pase de mí este cáliz tan amargo..... En la cruz, Señora, no hace esta súplica condicional. Como Rey en su trono se convierte al que le ofreció la tierra y las naciones por herencia, y le dice absoluta y solemnemente: «Perdónales, Padre mio.» No sé si aqui suplica; no sé si manda ó si decreta. Este es un secreto del gran misterio de la cruz. Por eso es el primer triunfo de su palabra, por eso es el primer momento de su victoria, y por eso el primer decreto de su reinado es «¡perdon y misericordia!!!.....» (¡Qué lección para los Reyes!) Los verdugos se asombran, los pecadores confían en su sangre, los ángeles se estremecen de ternura, se abren de par en par las puertas del Empíreo, y en el centro de los mundos resuena el cántico divino: «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres, y perdon á los verdugos y pecadores.»



Hodie mecum eris in paradiso.

Hoy serás conmigo en el paraíso. (S. LUCAS, cap. 23, v. 43).

Señora:

¡Fijemos la vista en ese altar!.... Él representa al monte Gólgota; monte fúnebre y sombrío; monte de tristes y amargos recuerdos; monte cubierto de cráneos y destrozados cadáveres; monte donde rodaban las cabezas de los criminales y terminaban las vidas de los malhechores.... En ese monte regado de lágrimas y sangre, se divisa ahora con la antorcha luminosa de la fe un patíbulo. ¡Un cadalso!.... ¡Ah! Yo no miro en este día con horror y miedo ese cadalso donde se espía el crimen del universo. Lleno de fe y de esperanza le saludo con religioso respeto y profunda veneración..... Ese cadalso es fin para el criminal, principio para el arrepentido, trono de santificación para el justo, y altar sacrosanto y divino, donde el Sumo Sacerdote de la nueva ley celebra el gran sacrificio que da la salvación al mundo. ¡Tres cruces!!!..... En la

de enmedio está clavado el Unigénito de Dios, y á su derecha é izquierda dos ladrones, dos asesinos, dos malhechores condenados á muerte afrentosa por sus delitos horrendos. Los judíos han buscado este medio tan infame para oscurecer y deshorrar la memoria del que iba haciendo bien por la tierra, y cuya divinidad se ostenta en la cruz tan magnífica y radiante como cuando aumentó los panes en lo alto de la montaña. Aquel que con las orlas de su túnica daba salud á los enfermos; aquel que con una palabra convirtió al pie de la fuente á la infeliz Samaritana, convierte tambien en la cruz al desventurado malhechor que agoniza á su derecha. ¡Qué poder tan grande el de la gracia! ¡Qué secretos tan profundos los de la misericordia y del amor! Jesucristo llama con la sangre de sus heridas á sus dos compañeros de infortunio. El uno responde lleno de fe, y el otro lleno de furor y rabia. El uno toma parte en el llanto de las castas vírgenes de Sion, y el otro se asocia con los verdugos que le crucifican: el uno, al ver las señales amenazadoras del cielo, reconoce la divinidad del Mesías; y el otro, ciego y obstinado, reconoce solamente la potestad de las tinieblas: el uno con todas las efusiones de su corazón esclama: «Acuérdate de mí, Señor, cuando llegues á tu reino;» y el otro con la misma saña de los verdugos le dice: «Si tú eres

Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros tambien.»
¡Qué misterios tan profundos! Jesucristo clavado en la cruz, á los dos convida con su reino, á los dos hiere con las flechas de su amor; pero solo Dimas mira á Jesus con una humilde esperanza. Sus ojos se abren á la luz de la verdad, la memoria le recuerda sus pasados extravíos, y hablando el idioma secreto del corazon se dice á sí mismo derramando lágrimas: estoy agonizando; la muerte se acerca, y los delitos de mi vida me llenan de angustia y de pesar; las sombras de tantos desgraciados que dejé en la horfandad y de tantas familias que arruiné, me cercan en medio del suplicio..... Las canas de honrados ancianos que cubrieron de sangre mis manos sacrílegas se me representan en este postrer momento, demandando contra mí todos los rigores de la eterna Justicia. ¡Voy á morir!.... ¿Quién me ampara en este instante? ¿Quién me puede salvar? ¡Ah! ese Dios justo que agoniza conmigo; ese mártir inocente, ese Padre amoroso que está con los brazos abiertos para recibirme. Sus heridas son las fuentes de su clemencia que lavarán mis crímenes, y su sangre torrentes de gracia que purificarán las manchas de mi vida. Asi parece como que habla consigo mismo el buen ladron. Su corazon se transforma, la fe le alumbra, el amor hácia Jesucristo le abrasa, y lleno de fervor y confianza le dice: «Se-

ñor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino.—
Hoy estarás conmigo en el Paraiso.»

Señora: ¿Qué hay en esa súplica para que todo un Dios prometa el Paraiso á un criminal? En esa súplica no hay títulos, no hay méritos, no hay elocuencia; pero hay fervor, hay una fe viva y una entera confianza en Jesucristo. Pues ese fervor, esa fe viva y esa confianza sin límites enternecen al Dios moribundo, que esclama lleno de clemencia y de amor: «Hoy serás conmigo en el Paraiso.» ¡Feliz buen ladron, que sabes robar la gloria eterna! ¡Feliz malhechor, que sabes recoger las primicias de la sangre del Justo!

¿Y el otro desgraciado? ¿Y el otro reo infeliz? ¡Ah! el otro infeliz está llamando á las puertas del infierno, donde bajará temblando con la maldicion del cielo y de la tierra. No ha querido salvarse. La sangre de Jesucristo, vertida en abundancia por todos los pecadores, no ha llegado á su corazon, porque su corazon duro como el diamante, la ha resistido y la ha blasfemado. Ese infeliz..... ¿pero adónde voy, Señora? No aflijamos nuestro espíritu con la imagen de ese réprobo desventurado; fijemos la vista solamente en el nuevo Apóstol de Jesucristo, en ese ladron venturoso que sube vestido de gala á los festines eternos, delante de los Patriarcas y justos que le siguen en coros celebrando su conversion

y su triunfo, derramando laureles, palmas y coronas.

Mortales; desventurados mortales, ¿envidiais su suerte feliz y venturosa? Tambien podeis aspirar á la gloria de ese pecador arrepentido. Aún hay palmas y coronas para vosotros; el cielo os convida con ellas; el camino para llegar á recibirlas está abierto; y los ángeles esperan con grandes copas llenas de la sangre de Cristo para lavar vuestras culpas. Aunque éstas fuesen mas en número que las estrellas del alto firmamento, todas se perdonan, Señora, porque la sangre de la redencion borra toda la sangre del delito: una lágrima ardiente, un suspiro profundo del corazon, un golpe de fe como la del buen ladron basta para convertir á un hombre en un espíritu celestial. Llegad ante esa cruz; ella es la escala por donde se sube al cielo; abrazaos á ella, vivid con ella, y decid como Dimas en el momento de la agonía: «Señor, acuérdate de mí en el Paraiso.» El os dirá sonriéndose dulcemente: «Hoy estarás conmigo en mi reino.» Entonces cerrareis los ojos á la luz perecedera de este mundo, para abrirlos al sol eterno que alumbrá las riberas embalsamadas del Paraiso, donde los ángeles cantan, y donde terminan las lágrimas de los míseros mortales.



Mulier, ecce filius tuus.

Muger, he ahí á tu hijo. (S. JUAN, cap. 19, v. 26).

Señora:

Penetremos con el espíritu hasta la cima de aquella lúgubre montaña donde agoniza un Hijo, y donde una Madre desconsolada agota las heces de la amargura. ¡Todo es grande y terrible en el Calvario! En él se consuma la salvacion del mundo á costa de un sacrificio tremendo, acompañado de lágrimas y sangre, de penas y de gemidos: allí descuellan la cruz como señal de muerte; pero esa cruz está diciendo con elocuente silencio: ¡Triunfo y victoria!.... Al pie de esa cruz santa y bendita se ve á una Madre absorta y enagenada que llora á su Hijo crucificado, rehusando como Raquél todo género de consuelo. ¿Y Magdalena, aquella muger de corazon de fuego, que derramó tantas lágrimas, y cuyos blondos cabellos se hicieron divinos al tocar los pies de Jesus?.... ¿Y aquel joven galileo que apoyó su cabeza en el seno de su Maestro, dónde



están?..... Junto á María, formando un grupo de dolor el mas interesante que vieron cielos y tierra. Aquellos tres séres, que parecen el genio del sentimiento, están mas pálidos que la muerte. Sus ojos, angustiados y llenos de lágrimas, están clavados en la cruz..... El sacrificio del Hijo se decretó en el cielo, pero el corazon de la Madre abriga todavía en la tierra algun rayo de esperanza. ¡Infeliz Madre!!!.....

Al contemplarla en tan triste y amarga situación, me acuerdo, Señora, de un sacrificio de la antigua ley que no llegó á consumarse, y que era figura del sacrificio del Calvario. Abraham, anciano Patriarca, marcha abrumado de pena y de dolor á la cumbre de un monte, donde debe ofrecer en holocausto al hijo único de sus entrañas, porque asi lo exige el cielo. Abraham tiembla de amor y de ternura, y su hijo Isaac le dice con la candidez de la inocencia: «Observo, Padre mio, que llevamos leña, cuchillo y sacrificador..... Pero y la víctima ¿dónde está?—¡Dios proveerá, hijo mio, Dios proveerá!.....» ¡Qué golpe tan terrible para un padre que ama! Abraham llega á la cumbre del monte, forma con piedras un altar..... enciende fuego..... Y el inocente Isaac repite su pregunta: «¿Quién es la víctima?—Tú eres la víctima, hijo mio, tú eres la víctima.....» Isaac ofrece su cuello como un cor-

dero sin mancha, y el Padre de los creyentes desenvaina el acero..... Separa con mano temblorosa la roja melena del hijo de sus ojos..... Va á clavarlo..... Le faltan fuerzas..... Las pide al cielo para consumir el sacrificio, cuando la voz de un ángel le dice: «¡Detente, Abraham, no hieras al inocente!....»

¿Y María? ¿Tiene ese consuelo la pobre María? ¡Ah! esa Madre infeliz, mucho mas tierna que Abraham, levanta los ojos al cielo, y el cielo se hace sordo á sus gemidos; y el ángel de Dios, cubierto de negro luto, parece que lanza un grito que repite resonando por el Calvario: «¡Perezca el Justo, sálvese el mundo!....» El mundo se salva..... Jesus lucha con las ansias de la muerte..... Magdalena cae desmayada sobre la tierra..... Y María, desfallecida sobre los brazos de Juan, esclama en la fuerza de su dolor: «¡Hijo de mi corazon! ¿Para esto te dí yo á luz?....» Jesus triste y agonizante la contempla, y se estremece de ternura. Ve cercana la muerte, y su corazon se abrasa de amor hácia los hombres. No los dejará huérfanos y desvalidos sobre la tierra. Jesus tiene empeñada su palabra, y en el momento mas solemne para Dios y la humanidad, esclama desde la cruz: «Muger, he ahí á tu hijo; hijo, he ahí á tu Madre.» Con estas palabras de sangre se despide Jesus de su angustiada Madre. Con estas palabras de fuego que traspasan su

corazon, se completa al pie de la cruz el magnífico triunfo de su amor, de su ternura y de su ardiente caridad, proclamando á la inocente María co-redentora y Madre de todos los hombres. «Muger, he ahí á tu hijo; hijo, he ahí á tu Madre.»

Señora: Una muger en el Paraiso hizo infeliz á la raza humana, pero otra muger grande y sublime sobre todas las mugeres, y bendita de todas las generaciones, debia ser el ángel tutelar y la Madre de la especie confundida y degradada. Eva perdió una corona entre las flores de un huerto, y María recupera esa corona entre las angustias del monte de la mirra. Por eso es la Reina del dolor, la Reina del infortunio, la Reina del martirio. Su trono es una cruz; su corona es una corona de espinas. Con los rayos de la fe se divisa en ella una cifra misteriosa, esmaltada con la sangre de Jesus que cae gota á gota de sus heridas. Esa cifra contiene estas palabras: refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, y Madre tierna de los hombres. «Muger, he ahí á tu hijo; hijo, he ahí á tu Madre.» Esa es la herencia de María; esos son los blasones, los timbres y los trofeos de la Madre infeliz que llora á su primogénito sin hallar consuelo.

¡Cristianos! acercaos á ella; si hoy la cubre el manto de las viudas, si hoy está sola y desamparada, millares de ángeles y castos serafines formarán

su corte en las alturas de los cielos. La tierra de promision está cerca de nosotros ; poco nos resta ya del desierto; avancemos, que la columna de fuego y la antorcha radiante y luminosa nos alumbrá en la soledad : esa columna de fuego es Jesus, y esa antorcha luminosa es María..... Toquemos las heridas del Hijo y las lágrimas de la Madre; ellas son mas dulces y suaves que el maná; ellas son las fuentes de agua viva que dulcifican el dolor y la amargura. Si hoy derramamos una lágrima de verdadera contricion y pasamos la vida á la sombra de la cruz , llegará el dia feliz y venturoso en que cantemos con los ángeles en la patria de los justos.



Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? (S. MATEO, cap. 27). *¶* 46

Señora:

La carrera evangélica de Jesus se acerca á su fin. El Calvario va tomando un aspecto oscuro y sombrío.... El fuego del sacrificio está encendido..... y la víctima espiatoria espera sobre el altar. Los ángeles desde los cielos contemplan con horrible asombro el espectáculo, y las aves suspendidas en el aire se detienen sobre la cruz. ¡Qué cuadro tan imponente! Un Dios acongojado, muriendo en el desamparo de su dolor, se queja amorosamente á su Eterno Padre. Semejante al cisne que canta cuando va á morir, el triste y abatido Jesus entona el himno de su agonía: «El Señor mi Dios me condujo á las tinieblas, y no á la luz; contra mí solo vuelve y revuelve su mano todo el dia; mi piel y mis carnes ha envejecido; ha quebrantado mis huesos; púsome en sitios tenebrosos como á los muertos; y por mas que le haya rogado y clamado, ha repelido mi oracion;

me ha cerrado mis caminos con piedras cuadradas, y me ha puesto en desolacion; me ha llenado de amargura, me ha embriagado con agenjos.» Asi se desahoga el amante corazon de Jesus en las cercanías de su muerte. Los escribas y fariseos prorumpen en gritos de una algazara feroz; los ángeles lloran entristecidos, un velo fúnebre oscurece al sol; los horrores de la noche suceden á los rayos del dia; el monte horrible y pavoroso se estremece; espantosas tinieblas cubren la faz de la tierra; las fieras lanzan ahullidos de espanto; las nubes se agrupan; el trueno empieza á retumbar por las alturas..... Y en medio del trastorno universal se oye una voz lánguida y desfallecida que clama con desconsuelo y amargura: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?»

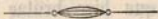
Asi clama afligido el que purificó á los leprosos; asi clama en la agonía el que arrancó de las garras de la muerte á infelices moribundos; asi clama mirando con desmayo al cielo el que sacó de entre la podredumbre del sepulcro á su amigo Lázaro; asi clama solo y abandonado el que llenó de consuelos á la infeliz Cananea; asi clama muriendo el bienhechor del mundo..... Y hoy no encuentra una piedra donde reclinar su cabeza, ni una mano bienhechora que le alivie en su agonía, desahuciado de todo consuelo divino y humano. Los hijos de los

Profetas le insultan y le blasfeman; los Pontífices y los ancianos le escarnecen; y los verdugos y soldados le ultrajan con impíos baldones. ¿Y María? María al pie de la cruz aumenta su abandono y su dolor. ¿Y Juan y Magdalena? Juan y Magdalena están como muertos. ¿Y las hijas de Sion? Las hijas de Sion no pueden consolarle. ¿Y los discípulos? Los discípulos han huido, le han abandonado, y uno de ellos le ha vendido..... «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?....» Los ángeles cubiertos de luto demandan piedad ante el trono de las misericordias; pero el trono de las misericordias se hace sordo á sus clamores. La eterna Justicia ofendida y ultrajada por los viles mortales, reclama la víctima..... esa víctima divina cuya sangre debía salpicar á todo el mundo.

¡Adan! ¡Adan! ¿En dónde estás? Vuelve los ojos al Calvario..... ¡Contempla el resultado de tu transgresion fatal!.... «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?» Asi clama Dios á Dios, y Dios no escucha á Dios!.... Asi se abren las puertas del Paraiso, cerradas por la ceguedad del hombre. La voz de su culpa llegaba hasta el cielo y exigia el castigo. El hombre degenerado y corrompido no podia satisfacer á la Justicia divina, y la Justicia divina reclamaba una víctima de precio infinito; y esa víctima es el Hijo de Dios, que

en un profundo penar, abandonado á los rigores de la eterna Justicia, apura el cáliz de la amargura para salvar al hombre que yace tendido y destrozado en los caminos de Jericó. Para alzar á ese hombre de la noche de su postracion, Jesus experimenta todos los rigores del desamparo.

¡Señor! ¡Señor! ¿Qué habeis visto en el hombre para tanto amor? «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?» El cielo es de bronce á estos clamores; pero el cielo en su silencio está diciendo al mundo: Jesus está solo y desamparado para que el hombre tenga luz, compañía y consuelo; Jesus muere abismado de penas para que el hombre no quede aislado en el dolor de la muerte y en las tinieblas de todo consuelo; Jesus, que es la luz, el camino y la verdad, muere abandonado, pobre y desnudo, para que el hombre muera unguido con su sangre. El desamparo de Jesus es un desamparo de caridad y de amor, que esparcirá bendiciones en nuestra última hora y suavizará el espanto de la muerte. Si Jesus sufre todos sus horrores, nosotros, abrazados á su cruz, moriremos tranquilos acompañados de los ángeles, que serán nuestros guias para los montes eternos.



Sitio.

¡Tengo sed! (S. JUAN, cap. 19, v. 28.)

Señora:

Se acerca la hora terrible en que tendrá cumplimiento la palabra de los Profetas. El sacrificio de la redencion del mundo va á consumarse; la víctima apenas tiene ya vida; el corazon de Jesus está abrasado de amor: cubierto de llagas y de oprobios, hecho un espectáculo de compasion y de horror á la faz del cielo y de la tierra, Jesus parece un cadaver. Sus venas sin sangre..... su lengua pegada al paladar..... las fauces secas..... el aliento anheloso y comprimido..... y sus labios marchitos por el dolor apenas tienen ya vida para articular palabras!..... Una sed devoradora..... esa sed que acompaña siempre á la agonía, atormenta horriblemente al Salvador de los hombres. Jesus hace un esfuerzo, y esclama con voz casi apagada: «¡Tengo sed!» Faltaba este tormento que sufrir para que se cumpliera una profecía. «¡Tengo sed!» Y sed tiene material el que hizo brotar raudales de las rocas. El padecer tan horrible, la efusion de tanta

sangre, y el martirio tan bárbaro y angustioso que sufre Jesus, seca y mata la vida!.... «¡Tengo sed!» Y sed tiene espiritual el que convirtió en vino el agua en las bodas de Caná. La fiebre del alma, la calentura del corazon, ese fuego divino que abra-saba á la Esposa de los Cantares, consume las fi-bras de Jesus en su lecho de agonía, en el tálamo santo de la cruz, donde quiere desposarse con toda la humanidad. «¡Tengo sed!» Los judíos, sedientos tambien, pero de venganza y saña contra el bien-hechor del mundo, corren presurosos en busca de hiel y de vinagre. ¡Bárbaros! ¿Adónde vais? ¿Y las cisternas de Judá? ¿Y los pozos de Jacob? ¿Y las aguas del Jordán? ¡Ah! el aliento de los impíos ha secado aquellos manantiales de agua viva..... En esta tierra de maldicion solo hay hiel y vinagre para que nada falte en el sacrificio del Calvario, y para que se cumpla lo que dijo la víctima inmolada por me-dio de David: «Y en mi sed me dieron á beber vi-nagre.» «¡Tengo sed!» Asi clama Jesus sediento de nuevos martirios, de nuevas burlas, de nuevas afrentas, de nuevos dolores y de mayores tormen-tos. Jesus, que en el traje del amor y del sufri-miento ha sido vendido como un vil esclavo, preso como un bandido, tratado como rey de burla, juz-gado como un malhechor, condenado á muerte afrentosa entre dos foragidos, y abandonado del

cielo y de la tierra, desea todavía nuevos y mas crueles padecimientos. «¡Tengo sed!» Y sed tiene de morir todo por el hombre, sufriendo la última penalidad de la vida para abrirle las fuentes de la salud y de la esperanza. Jesus está sediento en la cruz para dejar al hombre ricos manantiales de abundancia; para que en el trance terrible y congojoso de la muerte, nuestro corazon esté bañado de las aguas puras y limpias de la gracia; para que nuestros labios estén húmedos y frescos, y podamos decir al despedirnos de las riberas de este mundo: «¡Tengo sed!» pero sed de unirme á Dios, de verlo cara á cara, y de gozar eternamente de las delicias del cielo, donde cesan los dolores, las lágrimas y las borrascas.



Consummatum est.

Todo se ha consumado. (S. JUAN, cap. 19, v. 30.)

Señora:

Consummatum est. «Todo está consumado.» ¡El mundo se salva, pero el mundo se salva á costa de sangre divina derramada en una cruz! Todo está consumado; el mundo se salva, pero el mundo se salva á costa de una catástrofe que conmueve los cielos y la tierra: todo está consumado; el mundo se salva, pero el mundo se salva á costa de una muerte horrible, atroz y sacrílega. *Consummatum est.* «Todo se ha consumado.» Esta palabra de bendicion y de paz para el género humano, esta palabra de solaz y alegría para el cielo, esta palabra de horror y de espanto para el abismo, sale de los labios moribundos del Hijo de Dios, que en medio de la agonía detiene al sol en su carrera, y oculta su luz en la mitad del dia, y hace que se desprenda del cielo una niebla espantosa que, cual inmensa mortaja, envuelve al universo. *Consummatum est.* «Todo se ha consumado.» El Dios que pronuncia esta palabra en el monte de las primicias, no es aquel Dios terrible



que un día nos pintáran los Profetas sentado sobre un trono de nubes atronando y haciendo retemblar al mundo; no es aquel Dios del Sinaí que se presenta con su corte de truenos y relámpagos, ni aquel que en medio de la zarza, rodeado de un fuego abrasador, llena á Moisés de pavor y espanto; no es aquel Dios á cuya sola presencia bambolean la columnas del firmamento, se estremecen las cumbres de las montañas, y las fuentes se descubren en sus manantiales al solo contemplar el aliento de su cólera; no es aquel Dios de los nublados que lanza sobre la tierra la ruina y desolacion, la peste, el hambre y todos los rigores de su enojo. No, Señora; el Dios que pronuncia esa palabra misteriosa desde la cruz es un Dios de paz, un Dios de amor, que deja la morada de su gloria para redimir á la triste humanidad; una hostia descendida de los cielos para ofrecerse en holocausto por los míseros mortales; una víctima divina en cuya sangre se apagan los rayos de la eterna Justicia. Allí está con los brazos abiertos espirando en el patíbulo de la cruz; sus últimos suspiros son suspiros de amor y de misericordia: *Consummatum est*. «Todo se ha consumado.» Las profecías se cumplen, las figuras desaparecen, y la verdad sucede á las sombras. Despues de cuarenta siglos de esperanzas, despues de cuatro mil años de lágrimas y sangre, despues de tan-

tas imágenes, aparatos y figuras, Israel sacude el yugo del oprobio y de la abyección, y aquel varón de paz tan suspirado por toda la tierra, revela en la cruz el gran misterio de la reconciliación, escondido en el seno de Dios desde los siglos. Hoy se determina aquel memorable instante tan deseado para la redención del mundo; hoy se cumple aquel decreto eterno de las miras piadosas del Padre; hoy se rasga aquel memorial sentido que presentó Moisés en el monte; hoy se alegra Jacob porque se descifra el misterio de aquella escala que unía los cielos con la tierra; hoy levantan las manos al cielo todos los justos reunidos en el antiguo seno de Abraham. Isaías, Ezequiel, David, los Profetas todos prorumpen en gritos de júbilo porque se cumplen los oráculos y calman sus suspiros. *Consummatum est.* «Todo está consumado.» Puntual el cielo en el cumplimiento de sus promesas, ya no nos aterra con sus ceños y sus furores, sino que nos dice el mismo Dios desde su trono: «Este es mi Hijo, en quien me doy por satisfecho de todas las ingratitudes de los hombres.»

El inocente Isaac, delante del cual se cubre con un velo la tímida Rebeca; el amable José, que saliendo de la casa de su padre viene á dar á sus hermanos ingratos las pruebas mas sensibles de sus ternuras; Moisés tierno y delicado, fluctuando en

una cestilla de juncos y espuesto á los rigores de los elementos, pero destinado por Dios para libertar de la esclavitud al pueblo escogido..... ¡ Ah! todas estas figuras pasaron ya, porque hoy se verifica y consume lo que ellas representan. La antigua serpiente que silbó en el Paraiso se arrastra soberbia en el Calvario; está enroscada al pie de la cruz; quiere morderla, pero no puede..... ¡ Miradla!.... ¡ No os asusteis, Señora, porque esa serpiente está ya muerta!.... La justicia y la misericordia se han dado el ósculo de la paz, y Jesucristo sella con su sangre amistades eternas con los hombres. *Consummatum est.* «Todo se ha consumado.» Jesucristo, pronunciando esta palabra divina, ha mudado la faz del universo; las argollas y cadenas, distintivos horribles del pecado y de la muerte, caen rotas y hechas pedazos al pie de la cruz; la Sinagoga se arruina, los dioses inmundos del ciego paganismo desaparecen como la fábula, y su pendon de muerte se abate humillado á la vista del estandarte glorioso de la redencion, que cual enseña de paz y de triunfo tremola sobre la cima del Capitolio. *Consummatum est.* «Todo está consumado.» El mundo se salva, y se abren para el hombre las puertas de la gloria.



In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.

En tus manos, Señor, entrego mi espíritu. (S. LUCAS, cap. 23, v. 46.)

Señora:

¿Dónde está ya aquel joven Nazareno que llenó de luz al mundo, y que tantas bendiciones derramó sobre los tristes y desgraciados? ¿Dónde está aquel pastor amoroso que iba diciendo á las gentes: «La paz sea con vosotros?» ¿Dónde está aquel humilde peregrino que santificaba la caridad y la pobreza? ¿Dónde está aquel gallardo mancebo, cuyo asiento era la yerba de los prados, la piedra de los caminos y la roca de las montañas? ¿Dónde está aquel hijo de David que decia á las muchedumbres: «Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César?» ¿Dónde está aquel bienhechor generoso de la débil humanidad, el ángel custodio de los pueblos y el verdadero amigo de los hombres? ¿Dónde está aquel predicador divino que enseñó la senda de la virtud, haciendo resonar su voz por todas partes como un viento apacible? ¿Dónde está aquel



reparador del mundo que repetía con la ternura y efusión de un Padre estas palabras de consuelo: «Amaos los unos á los otros?» ¿Dónde está aquel Profeta divino que vaticinó la destrucción del templo, las ruinas de Sion y el desgarramiento del velo santo? ¿Dónde está en fin aquel dulce Jesus, proclamado Rey de los judíos en las calles y plazas públicas de Jerusalén? ¿Dónde está?... ¡En los brazos de la muerte!... ¡Luchando con la última congoja!... ¡Exhalando el postrer suspiro clavado en una cruz!... ¡El dueño y Señor de la vida está muriendo abandonado del cielo y de la tierra! Las aves, volando despavoridas, se han desprendido de sus plumages; las fuentes y las cascadas han detenido su curso; y las flores, pálidas y sin matiz, han caído de sus tallos marchitas y deshojadas.... ¡Todo es espanto, soledad y terror! ¡La muerte está en el Calvario!... La horrible muerte que tantas veces se cebó en las víctimas de ese monte; la horrible muerte que segó la vida de tantos criminales; la horrible muerte con sus garras levantadas avanza ansiosa y avara hácia la cruz; pero al llegar se detiene.... El aroma de divinidad que exhalan los suspiros de Jesus la sofoca, y la muerte tiembla y retrocede despavorida. ¡Muerte! ¿Dónde está tu valor? ¿Dónde tu impavidez? ¿Rehusas el triunfo y la victoria?... No temas.... Descarga tu golpe

fiero para que se consume el sacrificio. Jesús es inocente, pero ha tomado sobre sí todas las miserias de la humanidad pecadora: corta esa vida sin mancha para que el mundo corrompido quede salvado. El cielo lo manda, y los rigores de la eterna Justicia lo exigen..... La cruz se estremece..... Jesús se desmaya..... Un color lívido transforma su frente divina..... Sus ojos, que daban luz á las estrellas, vierten una lágrima fria que se hiela en los párpados moribundos como una gota de rocío en el cáliz de una flor..... Los ángeles vuelan en torno de la cruz, y los cielos se abren como asombrados para recibir el espíritu de Dios..... La muerte se acerca temblando para descargar el golpe..... Y Jesús clama entonces á su eterno Padre: «En tus manos, Señor, entrego mi espíritu.»

¡Pobres y miserables que comiais el pan de la amargura! ¡Tristes cautivos que arrastrábais las cadenas de la esclavitud y de la muerte! ¡Huérfanos desvalidos y desterrados! ¡Príncipes y poderosos de la tierra! ¡Reyes del mundo!..... Acercaos á la cruz como una sola familia de hermanos; cercad ese lecho de agonía donde á todos bendice el Padre universal; la cruz es el trono divino donde el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores muere angustiado para redimir á su pueblo. ¡Qué leccion y qué ejemplo para los Reyes!..... V. M., Señora, que

apenas ha cogido la segunda flor de la vida; V. M., tan joven..... llamada por la Providencia á tan altos destinos..... contemplad esa cruz donde Jesus está espirando. En ella, mas que en los parlamentos y asambleas del mundo, deben recibir inspiraciones los Monarcas de la tierra. Jesus, que descendió del cielo para redimir á la humanidad afligida; Jesus, que á la tierna edad de doce años habia confundido en el templo á los sabios y maestros de la ley, cubierto con una túnica pobre y humilde, se adorna despues con las palmas del martirio para arrancar al hombre del seno de la muerte: grande como la inmensidad, con solo pronunciar una palabra hubiera aniquilado á los verdugos y sayones que le arrastraron sobre el Gólgota; mil mantos y mil coronas de oro hubiesen brotado bajo sus pies..... pero no; Jesus prefirió una corona de abrojos y de espinas para coronar de dicha y felicidad al linage humano: morir por los hombres de todos los tiempos y de todas las edades era la mision de su reinado; por eso dijo despues de apurar por todos el cáliz de la amargura: «Todo está consumado.»

Imite V. M. tan celestial ejemplo: llegarán á las puertas de este Palacio ancianos desvalidos encorvados bajo el peso de los años; llegarán huérfanos hambrientos, descalzos y desnudos; llegarán viudas pálidas y macilentas..... Clamarán á su Rei-

na los pueblos, y todos esos desgraciados á quienes Dios ha bendecido desde el trono de su cruz; enjugue V. M. su llanto: Jesucristo ha dicho con ternura y con amor: «Muger, he ahí á tu hijo; hijo, he ahí á tu Madre.....» V. M., Señora, es la madre del pueblo español. ¡Es tan bello ser una Reina joven la madre de todo un pueblo! Jesucristo prefirió á los tristes y miserables..... Llorar con el que llora, sufrir con el que sufre, y gemir con el que gime es el sacerdocio de los Reyes. Derrame V. M. todas las bendiciones de su maternal amor sobre los pueblos, y estienda su mano generosa sobre tantos infortunados que yacen en la miseria. Ellos dirán mirando á V. M. como á una imagen de Dios: Tuve hambre, y me dió de comer; estaba desnudo, y cubrió mi desnudez; gemia en las cárceles, y alivió mi dolor; tuve sed, y me dió de beber con profusion y abundancia; su mano bienhechora fue una mano de paz, de consuelo y amor. V. M. entonces podrá decir al fin de su reinado: *Consummatum est.* «Todo está consumado.» Ha concluido mi mision sobre la tierra; enjugué las lágrimas del infeliz, y consolé á los tristes y desgraciados. Esos, son, Señora, los timbres mas gloriosos de los Reyes; esos son los títulos y blasones que mas ensalzan á los tronos; esos son los hechos que dan consuelo y paz en la hora de la muerte

para poder decir con Jesucristo: «En tus manos, Señor, entrego mi espíritu.» Entonces se marchitan y secan las coronas perecederas del mundo, pero en cambio se reciben coronas inmarcesibles y eternas en los tronos de la gloria.



CONCLUSIÓN.

¿Qué es esto, Señora (*)? Acaba de sonar la hora de muerte en el relox infalible de la eternidad. ¡El mas interesante de los dramas, ese drama divino que se trazó en el cielo, acaba de tener su desenlace en el Calvario! ¡La tierra tiembla; los peñascos mas duros se rompen y chocan entre sí; los sepulcros se abren; resucitan los muertos; se rasga el velo del templo; el mar encrespa sus olas; los montes agitan sus crestas, y el firmamento se estremece! El trueno retumba por las alturas, el impío se hunde en los abismos, y el Centurion arrepentido, arrojando su lanza, esclama dándose golpes de pecho: «¡Verdaderamente era este el Hijo de Dios!.... Volved los ojos á Jerusalén. ¿Oís los gritos que pedian la muerte de Jesus? ¿Veis los ídolos de los altares que caen, los palacios que se desploman, y los templos que arden? ¿Veis la sangre que corre, y el pueblo

(*) Aquí significó la orquesta la gran conmocion que experimentó la naturaleza al morir el Salvador de los hombres.

111
v44 | 70-175 | SP

sacrilego que celebra su triunfo?... ¡Pues todo se acabó ! ; Se han cumplido las profecías !... ; Cristo espiró en la cruz ! ; Pero Cristo venció á la muerte ! ; Cristo salvó al mundo ! ; ¡ Las tres !!! Acaban de abrirse las puertas de la gloria.





1021638



